

LETRAS

Letrillas

LETRONES

MORALIDADES

EL PLACER, LA DERECHA Y LA IZQUIERDA

En un libro de conversaciones con Albert Boadella, Fernando Sánchez Dragó cuenta que hace más de cuatro décadas mantuvo relaciones sexuales con dos niñas de 13 años en Japón. Aunque las palabras que usa son feas y desprenden cierto aroma a fanfarronada de viejo verde, en España y en Japón el sexo consentido entre mayores de 13 años es legal, por lo que Dragó no cometió ningún delito. Todo podría haber terminado ahí, pero las manifestaciones de condena se multiplicaron. El escritor se defendió con torpeza, diciendo que era una “historia literaturizada” y que ignoraba la edad exacta de las chicas. Varias librerías retiraron el volumen. Un municipio de Huelva, Aljaraque, decidió cambiar la denominación de la plaza Sánchez Dragó. El PSOE exigió que se despidiera a Dragó de Telemadrid, donde dirige un programa literario, y anunció que lo denunciaría ante el Defensor del Menor. La ministra de Cultura afirmó que “la literatura no es una coartada” y avanzó el resbaladizo concepto de la extralimitación de la libertad de expresión. Si la libertad de expresión solo sirve para los que dicen lo que nos gusta, no tiene sentido.

Unos días antes, unas declaraciones zafias del alcalde de Valladolid sobre la ministra de Sanidad habían provocado un escándalo. El vicepresidente del gobierno dijo que en la “genética” del PP hay algo que rechina con la igualdad. Izquierda Unida pidió que el alcalde no presidiera actos públicos el Día Contra la Violencia de Género. En septiembre, el gobierno aprobó una ley que prohíbe la venta de bollería industrial en colegios y propone erradicar la publicidad de estos productos. En octubre, el Congreso pasó una proposición no de ley del PSOE para eliminar los juegos sexistas en los patios de las escuelas. Son solo algunos de los ejemplos de la tendencia moralizante que ha tomado la izquierda española. “Illegal e inmoral deberían ser sinónimos”, escribió Almudena Grandes en *El País*, un medio que eligió la moral para atacar a Silvio Berlusconi, mostrando fotografías de las fiestas que celebraba en Villa Certosa, cuando en su forma de gobernar sobaban las razones para criticarle.

Quizá sea una consecuencia perversa del viejo lema “lo personal es lo político”, ayudada por el periodismo de declaraciones y la velocidad y el ruido de las nuevas tecnologías. Tradicionalmente la crítica basada en cuestiones morales ha correspondido a posiciones conservadoras y siempre corre el peligro de asumir un cariz cinegético: “el espíritu de la persecución” que señalaba Nathaniel Hawthorne y recuperó Philip Roth en *La mancha*

humana, una novela sobre moralistas reaccionarios de ideologías opuestas. Por eso a veces la izquierda debe realizar extrañas contorsiones. En el caso de Dragó, para desvincularse de la línea siniestra de la prohibición de libros, desde la Inquisición a *Lolita*, se establecen trabajosas distinciones entre lo que puede decir la ficción y lo que puede contar la autobiografía: el equivalente hermenéutico de hacer el pino con las orejas. A menudo las reprobaciones y las prohibiciones se justifican con la defensa de los más débiles: las mujeres (explotadas, discriminadas o convertidas en objeto), los menores o los camareros expuestos al humo de los fumadores. Las palabras dirigidas contra una persona se interpretan como una agresión a un colectivo y una muestra de complicidad con los abusos. Clasificar a la gente en categorías de víctimas potenciales entraña cierto riesgo de paternalismo, pero siempre hay partidarios de que el Estado nos proteja de nosotros mismos: el gobierno prohibió la emisión de pornografía en abierto, alentado por usuarios que no se veían capaces de apagar la televisión.

El celo moralizante, puritano y prohibicionista de la izquierda contrasta con el espíritu transgresor que muestra parte de la derecha, que se ha transformado en adalid del hedonismo: invoca la libertad para fumar, para tomar copas y conducir, para torear o para abrir una tienda en domingo y combate la “imposición ideológica”. A veces, algunos colum-



Albert Boadella y Fernando Sánchez Dragó, tiro al blanco.

nistas parecen escribir sus artículos con una sola mano. Antonio Burgos dijo que Leire Pajín tiene “cara de cine porno” y Alfonso Ussía recordaba una chusca edad de oro: “Déjennos las pelmazas feministas y los falsos profetas del ‘buenismo’ hablar y dialogar como siempre lo hemos hecho.” Frente a los intentos de ilegalizar la prostitución —aunque a menudo se prefiere el término “abolición”, que es utópico, pero tiene más pedigrí y convierte metonímicamente en esclavos a todos los trabajadores del sexo—, Esperanza Aguirre se muestra partidaria de la regulación. En la tormenta ocasionada por el libro de Dragó, Aguirre citó a Gabriel García Márquez, Henry Miller y Jaime Gil de Biedma, y señaló que “la literatura está plagada de actos absolutamente reprobables”. Su defensa de la libertad individual sería más convincente si no fuera acompañada de su postura ante los cuidados paliativos, de la oposición a la venta de la píldora del día después en farmacias y a la reforma de la ley del aborto —también en defensa de otros débiles—, o de la lamentable ambigüedad sobre el matrimonio homosexual que muestra Mariano Rajoy. Cuando le preguntaron si se comprometía a mantener la ley del matrimonio gay, el líder del PP contestó casi lo mismo que José Luis Coll cuando Manuel Vicent le preguntó si tenía un romance con Naomi Campbell: “No te digo ni que sí ni que no.”

La incorrección política no es un valor en sí, pero la hipocresía es una consecuencia frecuente del moralismo y en la fiscalización ética de la izquierda también hay muchas contradicciones. Una de ellas es la asimetría entre el deseo masculino y el deseo femenino. Hace unas semanas, una periodista escribía: “Fernando Verdasco se acerca luciendo una impecable melena, una camisa entallada con el último botón estratégicamente abierto para dejar entrever sus impecables abdominales.” Sería curioso ver las reacciones que se producirían si un periodista hablase de los estupendos pechos que una deportista muestra *estratégicamente*. Los chistes soeces no siempre causan el mismo efecto. Antes del comentario del alcalde de Valladolid, una reportera pidió al Gran Wyoming una pregunta para Leire Pajín. “¿Tu apellido quiere decir masturbito?”, sugirió el cómico. Pajín respondió que a Wyoming le perdonaba la broma. Otras veces la cuestión no es el emisor sino el referente: Alfonso Guerra recibió críticas por llamar “señorita Trini” a Trinidad Jiménez, pero cosechó aplausos y carcajadas el día que dirigió un insulto homófobo a Rajoy. Cuando, reflexionando sobre una frase de Sor Maravillas (“Déjate mandar. Déjate sujetar y despreciar”), Almudena Grandes se preguntó: “¿Imaginan el goce que sentiría al caer en manos de una patrulla de milicianos jóvenes, armados y —¡mmm!— sudorosos”, no protestó

ningún ministro, y nadie pidió que retirasen invitaciones a una de las novelistas españolas más importantes. En las ofensas contra la igualdad, algunos son más iguales que otros.

Algunos intelectuales han firmado un manifiesto de apoyo a Dragó. Pero muchas de las voces que se alzaron en defensa de Roman Polanski (en un caso en el que había un delito y una condena) han permanecido mudas durante los ataques a Dragó, un hombre vinculado a la derecha. En parte, es un nuevo episodio de la lucha bipartidista española, en la que hay bastiones que defender y villanos contra los que todo vale. Pero el estruendo de la batalla no debería hacernos olvidar que vivimos en un Estado de Derecho, que rigen las leyes y no la moral. —

— DANIEL GASCÓN

GÉNEROS

EL MITO DE LA IGUALDAD Y LA VIOLENCIA DE GÉNERO

Los hombres y las mujeres son iguales ante la ley. Tienen los mismos derechos y libertades. Es un triunfo de las sociedades occidentales, y de su tradición ilustrada y librepensadora, que esto sea, a día de hoy, una realidad. Sin embargo, hay cosas que se resisten a cambiar, como es el caso de la violencia hoy llamada “de género”, antaño “doméstica” y no mucho más atrás “crimen pasional”. Que estos sucesos continúen llenos de frustración a algunos ciudadanos y, especialmente, a unas ciudadanas que se lamentan de que los nuevos tiempos no hayan traído un cambio en la manera en que algunos hombres dirimen conflictos en el seno de la pareja. Y le dan la culpa a “la sociedad” y sus “roles”. Como ejemplo de ello: hace unos días me entretuve leyendo una “carta al director” que enviaba una escritora andaluza a *El País Semanal*. En ella relacionaba algunos estereotipos,



Ministerio de Igualdad, crónica de un fracaso.

“la niña y sus muñecas”, con la desigualdad y la necesidad de que exista un Ministerio de Igualdad ante el drama de que 41 mujeres hayan sido asesinadas por sus parejas en lo que va de año. Señalar la pervivencia de lo que la autora considera “estereotipos” como culpable de la situación es un callejón sin salida que ya no tiene ningún sentido. Este empecinamiento es fruto de una corriente de pensamiento muy arraigada entre mujeres y hombres que se adhieren a un feminismo que en realidad surge de la deriva irracionalista del estructuralismo, el modernismo y sus secuelas *post* que se rebela ante la evidencia de que hombres y mujeres no solo no son iguales en habilidades y conductas, valores e intereses, sino que, como veremos enseguida, en los tipos de siniestralidad. Esto ocurre porque los que siguen esta corriente no creen que haya diferencias entre los sexos sino diferencias “de género”, que es lo mismo que asumir que cualquier distinción de rasgos entre unos y otras está ideológicamente sesgado o “socialmente construido”. El profesor Martin Daly, autor de algunos de los mejores estudios sobre violencia doméstica y sobre el papel de la pareja en los nuevos entornos familiares, se expresaba con esta contundencia en una reciente entrevista para Terceracultura.net: “Quienes piensan que las diferencias

en la conducta que experimentan los distintos sexos son meros productos de la cultura, mensajes o roles son simplemente unos ignorantes: la evidencia de que las diferencias entre sexos son en algún grado producto de las diferencias naturalmente seleccionadas entre cerebros masculinos *versus* cerebros femeninos es inequívoca.” Sin embargo, pervive esta idea de que no existe una verdadera naturaleza del hombre y de la mujer y que el problema es la falta de educación y la renuencia de los hombres a ver a las mujeres como iguales. Pero no hay ministerio que logre por decreto crear “otro modelo de masculinidad”, por ejemplo. El hombre no es una tabla rasa. Pertenecemos a este acervo vivo antiquísimo, a esa cadena ancestral. Estas diferencias también dan como resultado que existan siniestralidades ligadas al sexo. Por lo que respecta a los hombres, por dar unos datos concisos, mueren siete años antes que las mujeres, componen el 93% de los que fallecen por accidentes en el trabajo, son el 85% de los sin techo, cometen suicidio cuatro veces más y son los que, cuando llega el momento, van a la guerra obligatoriamente. Vistas las cifras, casi podríamos decir que el accidente laboral es una muerte de “género” típicamente masculina, mientras que el abuso o el asesinato por motivos sexuales son causa típica también de siniestralidad del género femenino (aunque los hombres también sean víctimas de mujeres homicidas). Se puede aducir que en el accidente laboral no hay un “agresor” (aunque esto también se podría discutir) y que en el caso de la violencia doméstica está muy claro, y encima es quien amorosamente compartió almohada con la víctima. Pero existen unas características que, sin que sirvan en absoluto de excusa para los casos concretos, sí aportan explicaciones de los motivos generales subyacentes.

Vamos a hablar de dos: el estatus y los celos. El primero es causa de violencia masculina: en la competición por las parejas sexuales los machos con un bajo estatus solían quedarse sin descendencia. Hay muchas cosas que

amenazan el estatus de los hombres: ser pobres, no tener un reconocimiento ante otros hombres, no conseguir recursos o poder... Así, cualquier cosa que recuerde a un hombre su frágil condición, como la infidelidad o el abandono, puede propiciar el resentimiento y la agresión. El bajo estatus masculino es un factor a tener en cuenta en las posibilidades de violencia doméstica. Un hombre de bajo estatus es, como dice la bióloga Helena Cronin, un *macho* de bajo estatus. Eso le implicará dificultad en encontrar pareja o en conservar la que tiene. También que los hijos no sean, en realidad, suyos. Según la doctora Cronin, solo uno por ciento de los hombres de elevado estatus sufrirá de paternidad “dudosa”. Los hombres que habitan en zonas deprimidas o están desempleados tienen un 30% de posibilidades de que los hijos que creen suyos no lo sean. Lo segundo, los celos, resultan del pánico instintivo de los machos a criar hijos que no sean suyos. Desde que se inició cierta regulación del acoplamiento monógamo, la solución del macho para asegurar su paternidad ya no opera a través de la defensa del territorio o el rango sino a través del escrutinio de la pareja. A través de los celos, en una palabra. Son una ancestral solución evolutiva que nace de lo más profundo y que, en el caso de los hombres, al ser más fuertes que las mujeres, les convierte en compañeros peligrosos. Las mujeres, aparentemente, manifiestan los celos de otras maneras, aunque también tengan explosiones de revancha sexual que desembocan en violencia. Pero los celos o el rencor por la pérdida de una pareja son la causa principal de la agresión sexual del hombre. Hay investigadores que sostienen que los celos, como programa atávico, han perdido su función adaptativa prehistórica. Consideran que son poco más que un trozo de basura genética y que los seres humanos aún no hemos sido capaces de mudar hacia una nueva estrategia adaptativa por el poco tiempo transcurrido en la evolución. Sea como sea, los celos son inseparables del amor, sobre todo en exclusiva. Quizá porque el sen-

timiento de pertenencia está inscrito en el cableado básico de la mente del hombre y de la mujer.

Por ello, porque ignoramos sobre qué base nos movemos, la Ley de Protección Integral contra la Violencia de Género no ha impedido que siga habiendo violencia doméstica, con el más fuerte abusando del más débil. Y ha errado planteándolo como un enfrentamiento entre el sexo bueno y el sexo malo, llegando incluso a conseguir algo tan inconstitucional y tan alejado de la igualdad de derechos entre las personas como que un delito se considere más grave en función del sexo del agresor. La falta de comprensión del problema, lo anticuado de los presupuestos de quienes dirigen estos organismos les han llevado a un portentoso fracaso. Es cierto que la educación puede hacer mucho para suavizar el conflicto de intereses entre hombres y mujeres. El profesor Daly, en la misma entrevista, aseguraba que en Estados Unidos, en los últimos treinta años, han sido testigos de un remarcable descenso de los porcentajes de hombres que matan a sus mujeres por ser infieles o abandonarles, y es una hipótesis razonable que este declive refleje un cambio en las sensibilidades. Para él, los hombres norteamericanos experimentan aún su inclinación a tratar a sus esposas como su propiedad, pero ya no se sienten con el *derecho* a hacerlo. Yo creo que algo similar está ocurriendo aquí puesto que el porcentaje de maltratadores cuenta con numerosos miembros de colectivos inmigrantes procedentes de países con menos tradición de libertades, especialmente para las mujeres. Pero el miedo al abandono, los celos sexuales o el temor a la vergüenza y a la pérdida del estatus están grabados en lo más profundo de nuestro cableado íntimo. La década de los noventa ha producido una verdadera revolución, un avance prodigioso en las neurociencias, con repercusiones muy importantes en la filosofía, la psicología cognitiva (sobre todo, en la psicología evolucionista) y en la sociología psicologista. Es hora de que haya una nueva hornada de políticos con mayor

conocimiento de la importancia de las aportaciones de la ciencia en un campo que ha estado dominado por visiones esencialistas y basado en clichés. —

— M^a TERESA GIMÉNEZ BARBAT

BIOGRAFÍA

UN DEMÓCRATA EN AMÉRICA

Entrevista con Xavier Reyes Matheus

Más liberal que libertador, el libro con el que Xavier Reyes Matheus ganó el Premio Bicentenario 1808 y que ha publicado la editorial Gota a Gota de la Fundación FAES, reconstruye la vida y las ideas de Francisco de Miranda y propone una interpretación de su peripecia que poco tiene que ver con la imagen redentora y utopista que en ocasiones se tiene de los padres de la independencia americana. Hablamos brevemente con su autor sobre el personaje y su concepción de la política.

De acuerdo con su libro, se diría que a Miranda no le interesaba tanto la independencia de América en sí misma como la creación de un marco que permitiera diseñar instituciones democráticas. ¿Es así?

Lo que es evidente es que para Miranda la independencia era solo un medio. Odiaba del régimen español lo mismo que odiaban los liberales península-

res, pero al negociar sus planes con el gobierno británico insistía en que no se le obligase a combatir a España por ninguna otra causa que no fuera la emancipación americana.

La evolución de su pensamiento político es clara a lo largo de su carrera, porque va comprendiendo de manera progresiva que la verdadera democracia consiste en un *orden de libertades*: estas últimas no pueden existir más que garantizadas por lo primero.

Miranda, además, parece estar fascinado por el proceso de independencia de Estados Unidos, pero sobre todo por su Constitución y unas instituciones que contraponen sus poderes.

El proceso de Estados Unidos, bajo la dirección de los Founding Fathers, se vuelve especialmente ejemplar a los ojos de Miranda tras la experiencia de la Revolución francesa. Creo que el venezolano advirtió lúcidamente que la diferencia entre uno y otra radicaba, sobre todo, en que los norteamericanos, aun lanzados a un proyecto grandioso, supieron comprender la naturaleza del poder y de las pasiones humanas, y este sentido de la prudencia sirvió para alejarlos del frenesí ideológico que en Francia mostró por primera vez la cara más brutal de la modernidad política.

Además del caso estadounidense, Miranda también conoció de cerca otros sistemas políticos.



Miranda en La Carraca (1896), de Arturo Michelena.

Fue casi un turista político, un viajero que iba tomando notas de modelos institucionales para ver cuáles funcionarían mejor en América.

Es exactamente así, porque la evaluación de los distintos regímenes no es un aspecto accesorio de los viajes de Miranda, sino el propósito deliberado de un filósofo político que, como hijo de su tiempo, buscaba además la comprobación empírica de sus ideas.

Fue uno de los contados hombres que experimentó todos los sistemas de entonces, Turquía, los despotismos ilustrados, la Inglaterra liberal, la naciente república norteamericana y la Francia revolucionaria, y es admirable que lo hiciera no como simple espectador, sino de manera protagónica, pues fue coronel en Rusia y mariscal de campo en Francia, y departió con todas las grandes figuras contemporáneas: Goethe, Pitt, Napoleón, Haydn, Washington, Jefferson, Bentham, Federico el Grande... Como militar tuvo bajo sus órdenes al futuro rey Luis Felipe de Francia y a Simón Bolívar.

En su libro trata también las opiniones de Miranda acerca del comercio y la economía.

Miranda tenía muy claro que la libertad de comercio es fundamental para la creación de riqueza, y juzgaba que este último atributo era inseparable de un continente con tantas materias primas como la América meridional. Advierte que Inglaterra es la locomotora a la que debe engancharse el mercado americano, y avista ya que para la expansión de este último hay que abrirse a China y que servir de puente al tránsito interoceánico construyendo un canal en el istmo de Panamá (donde quería situar la capital del continente, que pretendía denominar *Colombo*). Sin embargo, no escapaba a Miranda que el desarrollo industrial de Inglaterra y su control marítimo hacían difícil la inserción del Nuevo Mundo, en condiciones que le fueran favorables, al mercado mundial. Es significativa la cercanía de Miranda a James Mill, con quien publica varios artículos, cuando este esboza la ley de la ventaja comparativa: un plan de

división internacional del trabajo que permitiría a los países menos competitivos hacerse un hueco en el escenario de la productividad global.

Según su libro debemos ver en Miranda a un hombre de su tiempo, ligado a la Ilustración y a la filosofía política que más adelante daría pie a las democracias liberales. En ese sentido, la mitología americana sobre los libertadores es, cuando menos, confusa, ¿no es así?

Esto es clarísimo. La democracia liberal es un proyecto ilustrado, pero, atención: no solo en cuanto mecánica del Estado, sino en cuanto ética, es decir, ciencia de lo que, en el contexto de la naturaleza humana, debería ser. Por eso es fundamental la virtud republicana, que es un pacto social sobre los valores que resguardan el bien común.

El problema es que la generación de los libertadores, posterior a Miranda (entre él y Bolívar, por ejemplo, había una diferencia de 33 años), pertenece ya de lleno al romanticismo de signo voluntarista. Para esta mentalidad el hombre libre no es el que puede realizarse en el bien, sino el que impone su voluntad. Lo malo, claro, es que esa voluntad siempre se impone apabullando la voluntad ajena: este es el caudillo.

Miranda nació en Venezuela, hijo de canarios relativamente humildes, aunque su padre llegó a tener cierta presencia en la vida pública. Tuvo que dejar sus estudios y ni siquiera sabemos a ciencia cierta si llegó a licenciarse. ¿Cuáles son los orígenes del pensamiento de Miranda?

En cualquier caso la universidad hispana no era en aquella época fuente de ideas ilustradas, pues era una institución anacrónica, anclada en la escolástica. Como para tantos hispanoamericanos de entonces, el contacto de Miranda con las Luces comienza mediante el contrabando de libros extranjeros o traducidos clandestinamente al español para burlar el control inquisitorial. Por eso se esmerará mucho en los idiomas —Barras dijo de él que era capaz de expresarse en cualquier lengua—, y su biblioteca será una de las más celebradas del Londres donde vivió.

Algo muy notable en el pensamiento de Miranda es la forma en que se fue alejando de Rousseau, que para todos los hispanoamericanos de aquel tiempo era como la Biblia de las ideas nuevas. El buensalvajismo que persiste, por ejemplo, en un Simón Rodríguez (el maestro de Bolívar) sucumbe en Miranda a un valor que este defiende tenazmente en medio del horror jacobino: la civilización.

Miranda acabó su vida traicionado y en la cárcel. ¿Cómo cree que habría evaluado el trabajo de toda una vida dedicada a la política y la democracia en América?

Es muy conocida la frase que pronunció cuando sus propios subordinados (Bolívar entre ellos) lo arrestaron a traición: “¡Bochinche, bochinche! ¡Esta gente no sabe hacer más que bochinche!” Él, que con tantos años de exilio se expresaba sobre todo en inglés y en francés, tuvo que recurrir a una voz de su tierra para poder describirla con exactitud: *bochinche* es tumulto, alboroto, indisciplina, negligencia.

El fracaso de Miranda no deja de ser típico en América Latina en la medida en que es el fracaso de las ideas de la clase media, a la que él perteneció. Chocó con las oligarquías locales, que querían un cambio de régimen solo para afianzar su *statu quo*, y no contó en lo absoluto con un pueblo marginal cuyas mejoras habían dependido siempre de la caridad de los señores. —

— RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ

ARTE

DENTISTAS E IMPRESIONISTAS



Es Monet “el pintor de los dentistas”? Esa definición, que le aplica, entre zumbón y afectuoso, el crítico de *The New York Times* (con motivo de la magna exposición en el Grand Palais de París, hasta el 24 de enero), por fuerza suscita algunas preguntas. No en cuanto a su veracidad, evidentemente. Todos hemos podido comprobar la afición que le tiene



Nenúfares (1906), de Claude Monet.

a Monet (también, aunque menos, a Renoir, Pissarro, Seurat y a algún otro, pero no, por ejemplo, a Pollock), a la hora de decorar sus salas de espera, el gremio —dignísimo, por lo demás— de los odontólogos, así como algunos otros, no menos respetables, entre los que se cuentan callistas, logopedas, abogados y hasta talleres mecánicos con pretensiones. Incluso podría decirse que alguna versión de *Los nenúfares* o de *La catedral de Ruan* se ha vuelto tan indispensable, en esos escenarios, como los números atrasados de *¡Hola!* y el hilo musical. Pero vamos a ver: ¿qué tiene eso de malo? El tono, mejor dicho el tonillo, con que se expresa el crítico no deja lugar a dudas: asociar a Monet con los dentistas no es ningún cumplido. Y como no es probable que el caballero en cuestión le tenga manía a esa profesión en particular, tendremos que plantearnos la pregunta en términos más amplios: ¿qué tiene de malo que una determinada obra de arte sea inmensamente popular?

Ante todo, no teman. No les voy a largar el habitual sermón sobre el buen arte inocente, minoritario y acosado, frente al malvado pseudoarte que las masas adoran como al becerro de oro. Es ese un planteamiento cuya longevidad (lleva lo menos dos siglos, desde el Romanticismo, en el candelero) me tiene estupefacta. Su atractivo, claro está, viene de su simplismo, pero una esperaba algo más sofisticado de las mentes, a menudo preclaras, que sin embargo lo sostienen. A menos que seamos mal pensados y sospechemos que su verdadero gancho no es su esquematismo, sino el consuelo que ofrece a la vanidad herida de quienes venden poco. (Y a esos mismos mal pensados me apresuro a aclararles que mis novelas no son ningún *bestseller*, y que desde hace años me vigilo con atención escrupulosa para no caer nunca, jamás, en eso tan frecuente de que “cada uno habla de la feria según le va en ella”.) Pero cerremos los paréntesis y volvamos a la

pregunta: ¿qué tiene de malo que una obra de arte sea muy popular?

Hombre, tiene de malo que su popularidad no tiene nada que ver con el arte. Eso, al menos, es lo que una piensa cuando, entrando en el Louvre, observa el mismo cartel por todas las esquinas: uno, sumariamente fotocopiado (por guardianes que están, suponemos, hasta el gorro, o el quepis, de que les pregunten una y otra vez lo mismo), con dos imágenes, a saber: una borrosa *Gioconda* en blanco y negro, y una flecha. ¿Amor al arte, al de Leonardo da Vinci en este caso? No creo, porque a otras obras del mismo maestro, como *La dama del armirón*, que está al lado (si la memoria no me engaña) y es por lo menos igualmente bella, el gran público no les hace ni caso. De hecho, a la *Gioconda*, en realidad, tampoco: las hordas de turistas entran en tromba en la sala, advierten la imposibilidad de acercarse siquiera al famoso cuadro, dada la muchedumbre, levantan la cámara o el teléfono móvil, hacen clic, y andando.

¿Qué ha pasado? Que el cuadro de Leonardo se ha convertido en un icono. Es decir, en el depositario de significados que poco tienen ya que ver con la obra en sí, y mucho con todas sus adherencias, desde que a Duchamp se le ocurrió elegirlo como símbolo del arte clásico (igual que podía haber elegido cualquier otro) y pintarle bigotes, hasta su último avatar de la mano de Dan Brown (*El código Da Vinci*). Ese, nos guste o no, es el destino de muchas obras de arte. Por poner solo unos pocos ejemplos a bote pronto: la *Marcha nupcial* de Mendelssohn, utilizada en España en los años sesenta como fondo musical de un anuncio de detergente. (¿Recuerdan los majestuosos primeros compases? Ahora cántenlos así: “Laaa... ve su ropa con Persil”, y díganme qué queda de su majestad.) La frase de Paul Éluard, “hay otros mundos pero están en este”, glosada en anuncio de colonia que susurra: “hay otros hombres pero están en ti”. La Santa Cena del mismo Leonardo, piadosamente colgada en los comedores de las familias católicas españolas durante varias décadas. El

Guernica, que por la misma época o un poco más tarde ocupaba idéntico lugar de honor en los comedores de las familias progresistas. La foto del Che Guevara con la melena, la boina, la estrella y la mirada perdida, que se ha usado para encarnar los anhelos revolucionarios, primero, y a la larga, una rebeldía progresivamente aguada, sin otro contenido, al final, que juventud en vez de madurez, camisetas en vez de blusas de seda y pósters con preferencia a *chinoiseries* para decorar la casa. O la imagen de Virginia Woolf, utilizada para anunciar cosas tan dispares como el Partido Comunista de Roma, *The New York Review of Books* o la cerveza Bass Ale, según observaba en un libro apasionante la profesora norteamericana Brenda Silver. Ese poderoso atractivo se explica, apunta Silver (*Virginia Woolf as icon*, University of Chicago Press, 1999), por la combinación de dos cualidades a cuál más irresistible: la autoridad intelectual de Woolf y un significado lo bastante ambiguo (¿elitista o *bestseller*?, ¿feminista o conservadora?, ¿el arte por el arte o el arte comprometido?, ¿asexuada o lesbiana?...); por eso, en las grandes batallas político-culturales, todos los bandos la reivindican.

Todo ello es un efecto (además de los que ya señaló Benjamin) de la facilidad, la velocidad y la cantidad con que hoy se reproduce cualquier obra de arte. Nos guste o no, es inevitable. Que tire la primera piedra quien no haya sentido nunca que sus gustos artísticos expresan su identidad, no solo estética, sino social, al modo en que otros se identifican con marcas comerciales. Yo no utilizo como santo y seña la posesión de tal o cual modelo de coche (no tengo coche), pero sí confieso que me fastidió un poco que ídolos míos particulares: Sylvia Plath, Janacek, Frida Kahlo..., compartidos con cuatro gatos y que me daban la satisfacción (vanidosa, qué duda cabe) de pertenecer a una especie de sociedad secreta, sean ahora puro tópico. A fin de cuentas, no me parece mal (y más vale así: hagamos de la necesidad virtud) que podamos elegir tal o cual obra, tal o cual artista, para expresar

a qué grupo pertenecemos, o aspiramos a pertenecer. Que alguien entre en mi casa y vea mi librería o las imágenes que decoran mis paredes me hace, por así decirlo, ganar tiempo, ahorrarme explicaciones, del mismo modo que nos dice mucho, al entrar en un taller mecánico, ver si lo que tiene clavado en la pared es *La nieve en Argenteuil* o un calendario de Pirelli. Eso sí: ese sistema de signos, tan práctico, tiene un inconveniente, y es que cuando vemos, en vivo y en directo, *La nieve en Argenteuil*, no podemos evitar que, al mismo tiempo que la nieve pintada por Monet (la cual demuestra maravillosamente su frase de que “la nieve no es blanca”), nos parezca estar viendo unos números atrasados de ¡Hola! en una mesita baja, entre gente con la mirada vacía, enfermera con una bata blanca y fondo de hilo musical. —

— LAURA FREIXAS

CARTA DESDE MONROVIA LA SEÑORA PRESIDENTA

Entrevista con Ellen Johnson-Sirleaf

1 Aunque la guerra civil en Liberia baya (oficialmente) terminado hace más de un lustro y su depuesto caudillo de la muerte, Charles Taylor, enfrente un proceso por crímenes de lesa humanidad en La Haya, con el testimonio de Naomi Campbell de por medio, la capital del país, Monrovia, nombrada en honor del extinto mandatario estadounidense James Monroe, el mismo de la doctrina, sigue siendo un escenario desolador. Cortes constantes, si no es que permanentes, de energía eléctrica; ausencia intermitente de agua potable y alcantarillado; calles sin asfaltar; viviendas construidas con láminas y cascajo; hambre; enfermedades; ignorancia; desamparo y miles de miradas perdidas que gritan, silenciosas, justicia.

La Monrovia del siglo XXI es a simple vista un paraje mucho más salvaje y agreste del que encontraron en 1821 los esclavos emancipados venidos desde el otro lado del Atlántico con



Ellen Johnson-Sirleaf: arquitecta del destino de Liberia.

una premisa neocolonialista y evangelizadora, bajo el auspicio del puritanismo americano que, so pretexto de devolverles la libertad, buscaba librarse de su presencia. No obstante, la Liberia de nuestros días es gobernada por una mujer, Ellen Johnson-Sirleaf, la primera en ostentar semejante cargo en el continente africano por mor de la democracia.

2 Son las cuatro de la tarde y el calor abrumba, la humedad desquicia. Durante las últimas 24 horas no ha dejado de llover a cántaros. La señora presidenta me recibe en su despacho, ubicado en la décima planta del Ministerio de Relaciones Exteriores, un dilapidado edificio ubicado en el “corazón” gubernamental de Monrovia, adyacente a la monumental y abandonada Mansión Ejecutiva, otrora sede presidencial, en desuso por peligro de derrumbe desde el fin del cruento conflicto armado que atravesó el país. “Bienvenido a Liberia”, su discreta sonrisa, acompañada de un firme

apretón de manos y de la citada frase, es la misma con la que me saludó el día anterior en el avión de línea que compartimos desde Bruselas, gesto que repitió con cada uno de los pasajeros previo al aterrizaje. “Siempre viajo en aerolíneas comerciales. Liberia es un país pobre y tener un avión presidencial no es en absoluto una de nuestras prioridades.” Más allá del género, la ex funcionaria del Banco Mundial y del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo es, al parecer, una jefe de Estado africana atípica.

Johnson-Sirleaf fue noticia de primera plana en el mundo entero cuando en octubre de 2005 fue declarada vencedora del proceso electoral que siguió al conflicto civil en su país. La mujer que derrotó al futbolista George Weah, su arduo contrincante en aquellos comicios, para convertirse en el nuevo rostro de la esperanza en el continente del olvido. Ese triunfo fue la coronación a toda una vida de activismo social y político que en más de una ocasión bizo de Johnson-Sirleaf una exiliada y presa de conciencia. A cinco años de distancia, y 72 de edad recién cumplidos, esa misma mujer de baja estatura que porta turbante y se viste con telas teñidas a mano inicia su último año en el poder sin dejar de lado la polémica (ha anunciado sus intenciones de reelegirse).

Mientras la mitad de África festeja medio siglo de vida independiente, para Johnson-Sirleaf las cosas “apenas empiezan”. Ya lo dice el dicho, “más sabe el diablo por viejo que por diablo”. En 2010, Liberia conmemoró su 163° aniversario como nación “libre y soberana”; algo de eso tendrá que enseñarles a sus quincuagenarios vecinos.

3

En un país como Liberia, recién salido de un largo y doloroso conflicto armado, ¿qué viene primero: la educación, la salud, el combate a la pobreza, la reconstrucción de las instituciones, la mujer, la infancia, el respeto a los derechos humanos?

Dado el nivel de devastación que enfrentamos, en Liberia todo se convirtió en prioridad. Sin embargo, la escasez de recursos humanos y financieros nos llevó a priorizar dentro de las prioridades, aunque ello significara dejar de lado algunas necesidades. Decidimos concentrarnos en educación, infraestructura y salud, temas que considero

indispensables para el desarrollo y la reconstrucción. Ahora, conforme han pasado los años y se han registrado avances en esos temas, al tiempo que seguimos trabajando en ellos, hemos extendido la lista de prioridades, incluyendo la agricultura, actividad económica de la que depende la mayoría de los habitantes del país.

¿Qué implicaciones conlleva ser la primera mujer presidente en África?

De cierta manera represento las aspiraciones y expectativas de todas las mujeres no solo de Liberia sino del continente entero, y eso implica para mí una gran responsabilidad. Una responsabilidad que asumo con un fuerte compromiso y mucho entusiasmo pero también con enorme humildad. Quiero desarrollar mi papel con éxito, en nombre de cada una de estas mujeres, y así dejar la puerta abierta para todas las que vienen detrás de mí. Espero en algunos años más tener algo de compañía, es un tanto solitario ser la única falda entre tanto pantalón.

¿Un mundo gobernado por mujeres sería un mundo mejor?

No creo que veamos un mundo solamente gobernado por mujeres pero considero que un incremento en el número de mujeres que ostenten cargos de alto rango y toma de decisiones sería un mundo con menos guerras y conflictos armados, por la sensibilidad de la mujer hacia el género humano. Si se permite a las mujeres tener un rol más significativo en nuestras sociedades, estas serán mejores, más receptivas a las necesidades de la gente y más prósperas. Las mujeres podemos trabajar tan duro y competir tan bien como los hombres.

A varias décadas de la independencia, ¿por qué África no ha alcanzado su pleno desarrollo?

Si uno mira de cerca la historia de las naciones africanas, desde las luchas independentistas hasta los continuos golpes de Estado y conflictos civiles, se dará cuenta de que no ha habido

un sendero consistente encaminado a construir un desarrollo progresivo para nuestros países. La falta de democracias estables ha minado las posibilidades de desarrollo y la verdadera emancipación. La herencia colonial, la imposición de modelos e ideas externas e, incluso, la interferencia de multinacionales, han prevenido que nos adueñemos de nuestro destino. Nos han impedido crear una agenda nacional basada en nuestros intereses y metas y respetuosa de nuestra cultura.

¿Qué tan benigna es la creciente presencia china en el continente?

Hablemos claro: hoy es China, ayer fue Europa. Pero China, a diferencia de Europa, negocia con una África diferente y un liderazgo africano distinto, iluminado. Damos la bienvenida a China sin permitirle desviarnos de nuestras metas.

¿Tiene África algo que aprender de América Latina?

Creo que la mayoría de los países en América Latina ha logrado adueñarse de su desarrollo a través de la implementación de agresivas políticas domésticas que garantizan el éxito de sus objetivos de crecimiento. África está encaminándose en ese sentido pero considero que debería analizar más detenidamente la experiencia latinoamericana y aprender de ella.

¿Veremos en África nuevos Robert Mugabes, Idi Amins o Charles Taylors?

No puedo garantizar que no será así. Lo que tenemos que hacer es asegurarnos de enviar un mensaje a la gente previniéndola, buscando que sea muy cuidadosa al momento de elegir a sus líderes. Tendremos que depender de su inteligencia, de su concientización, a fin de alcanzar un verdadero liderazgo social.

¿Qué dirá la historia sobre el África del siglo XXI?

África se erige como el arquitecto de su propio destino. —

— DIEGO GÓMEZ PICKERING



Jerry Salinger, padre del rebelde Holden Caulfield.

LITERATURA

SALINGER: JUVENTUD, EXTRAÑO TESORO

Holden Caulfield es más que un personaje. Es más que la conjunción de los apellidos de dos actores, William Holden y Joan Caulfield, vistos por J. D. Salinger en la marquesina de un cine donde se exhibía un filme que muchos señalan podría ser *Dear Ruth* (1947), de William D. Russell, aunque las fechas no empatan. Es más que el joven con “nervios de preguerra” que debuta en “Slight rebellion off Madison”, un cuento aceptado por *The New Yorker* en diciembre de 1941 pero pospuesto hasta diciembre de 1946 debido al clima bélico. Es más que el rebelde con causa de dieciséis años que protagoniza *El guardián entre el centeno*, la novela que desde su publicación en 1951 vende alrededor de doscientos cincuenta mil ejemplares anuales. Es más que el epítome del narrador poco confiable instituido entre otros

por Henry James (“Soy el mentiroso más fantástico que puedan imaginarse”, confiesa en el capítulo tres del libro que le concedió la inmortalidad). Es más incluso que la voz del propio Salinger (1919-2010), que en un acto de insólita ventriloquia literaria transmite toda su visión del mundo a través de un tono adolescente. (“Identifico al instante la voz de la novela. Es Jerry [Salinger] el que habla”, asienta en sus memorias Joyce Maynard, la escritora y periodista con quien el autor de *El guardián entre el centeno* estableció una relación amorosa entre 1972 y 1973, cuando ella tenía dieciocho años y él cincuenta y tres.)

Holden Caulfield, hay que decirlo, es un virus altamente contagioso. Rastros de este contagio se evidencian en buena parte de los *angry young men* que pueblan ya medio siglo de cine y literatura estadounidenses. Allí están para demostrarlo dos ejemplos palmarios: Travis Bickle, el vengador no tan anónimo de *Taxi driver* (Scorsese, 1976), y Tyler Durden, el ello irrefrenable del narrador insomne e innominado de *El club de la pelea*, la novela de culto de Chuck Palahniuk aparecida en 1996. Allí está Green Day, la banda punk de origen californiano que en 1992 lanzó una canción llamada “Who wrote Holden Caulfield?”: “There’s a boy who fogs his world and now he’s getting lazy/ There’s no motivation and frustration makes him crazy...” Pero eso no es todo: la infección también ha conquistado la vida real, donde los resultados han sido destructivos antes que creativos. Allí está para constatarlo tristemente Mark David Chapman, que la noche del 8 de diciembre de 1980 —unos meses después de cumplir los veinticinco años— asesinó a John Lennon a la entrada del edificio Dakota en Manhattan, la zona donde Holden Caulfield efectúa su periplo desencantado de tres días. Chapman se hallaba no solo infectado sino poseído por Caulfield: la mañana del asesinato compró en una librería neoyorquina un ejemplar de *El guardián entre el centeno*, donde escribió

“Esta es mi declaración” para luego firmar con el nombre del personaje; al cabo de disparar cinco veces contra Lennon permaneció en la escena leyendo el libro mientras llegaba la policía, a la que más tarde manifestó: “Estoy seguro de que la mayor parte de mí es Holden Caulfield. La parte más pequeña de mí debe ser el diablo.” Quizá, al apretar el gatillo del revólver Charter Arms .38 Special adquirido en Hawái, Chapman oía los seis balazos que Caulfield propina mentalmente a Maurice, el ascensorista vuelto proxeneta en *El guardián entre el centeno*. Quizá, al imaginar esas detonaciones, Caulfield oye a su vez el tiro salido de una semiautomática Ortgies 7.65 con que Seymour Glass se revienta la sien derecha en “Un día perfecto para el pez plátano”: un tiro que da trágico inicio a la carrera de una de las familias más entrañables de la narrativa contemporánea.

Curioso que el protagonista de una sola novela logre cobijar más que opacar, con su sombra larga y benéfica, a una estirpe entera cuya odisea abarca varios años y diversos textos. Se diría así que Holden Caulfield es el bosque que contiene a la familia Glass, ese árbol de ramificaciones múltiples que echa raíces en toda la obra salingeriana y está compuesto por los padres, Les y Bessie, y siete hijos: Seymour (nacido en 1917), Buddy (álter ego de Salinger, nacido también en 1919), Beatrice/Boo Boo (nacida en 1920), Waker y Walt (gemelos nacidos en 1921), Zooey (nacido en 1929) y Franny (nacida en 1934). El crecimiento de este árbol frondoso, que Salinger cultivó con ahínco a través del tiempo —Joyce Maynard describe lo que llama “los archivos de la familia Glass, tan real para [el autor] como la suya propia y a la que quiere mucho más [...] montones de apuntes y cuadernos que hacen referencia a las costumbres y antecedentes de los Glass”—, responde a una cronología hábilmente fracturada que vale la pena reconstruir. En tres de los *Nueve cuentos* (1953), esas lecciones no solo de escritura sino de vida, se halla

el germen de la saga consanguínea: en “Un día perfecto para el pez plátano”, ambientado en el año en que el texto se publicó en *The New Yorker* (1948), atestiguamos el suicidio de Seymour, el hijo mayor, especie de gurú devoto tanto del budismo zen como de la poesía china y japonesa cuya presencia se transforma en el eje sobre el que gira el grueso del ciclo de los Glass; en “El tío Wiggily en Connecticut” nos enteramos de la muerte de Walt, uno de los gemelos, ocurrida en Japón en el otoño de 1945; en “En el bote” vemos a Boo Boo en el papel de madre consagrada a su propia descendencia hacia 1949. Luego vienen los relatos que integran el díptico *Franny y Zooey*: ambos se ubican en noviembre de 1955, se centran en los personajes que los bautizan y se rigen en gran medida por los diálogos filosófico-religiosos que son una de las señas de identidad del corpus salingeriano. Después están *Levantad, carpinteros, la viga del tejado*, que se desarrolla el día de la boda de Seymour en junio de 1942, y *Seymour: una introducción*, texto deslumbrante situado en 1959 que se mueve con soltura de anfibio entre la *nouvelle* y el ensayo, la biografía y la filosofía, la ficción y la metaficción, y que termina con una nota zen que podría traducirse en máxima escritural: “Rápido y lentamente.” Cierra el ciclo *Hapworth 16, 1924* (1965), último relato que Salinger daría a la imprenta y primer capítulo de la saga de los Glass: se trata de una extensa carta redactada por un Seymour de apenas siete años que predice su muerte y el éxito literario de su hermano Buddy. La madurez precoz que obsesionó al ermitaño de Cornish, New Hampshire, tiene siempre la palabra final.

Mucho se ha especulado sobre los probables vínculos entre Holden Caulfield y la familia Glass. Para muestra bastan dos botones: el amor imposible de Holden se llama Jane Gallagher y el apellido de soltera de Bessie, la madre del clan Glass, es Gallagher; en *Seymour: una introducción* se menciona a un tal Curtis Caulfield, “un chico

excepcionalmente inteligente y agradable [...] que murió durante uno de los desembarcos del Pacífico” y que trabajó con Seymour y Buddy en el programa de radio *—Es un niño sabio*: el título resume la obsesión salingeriana— en el que participaron todos los hermanos Glass. El nexo principal entre la estirpe neoyorquina y Holden Caulfield, el guardián dispuesto a proteger a la infancia arrojada al campo de centeno que es el mundo, es no obstante más intangible: la juventud, ese extraño tesoro que J. D. Salinger conservó en sus libros vueltos cofres que generaciones completas de lectores continuarán abriendo infatigablemente. —

— MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

BRASIL

EL TRIUNFO DEL CONTINUISMO

El triunfo de Dilma Rousseff en la segunda vuelta de las elecciones llevadas a cabo en Brasil significa, ante todo y sobre todo, el triunfo de la continuidad de Lula y su gobierno. Desde tiempo atrás, casi desde dos años atrás, Lula promovió a Dilma como su sucesora, luchó para que fuera aceptada, la impulsó a tiros y troyanos (al Partido de los Trabajadores, a sus aliados políticos, a los brasileños) y acabó por traspasarle el caudal de su popularidad. De ahí que las elecciones fueron, según la lógica instaurada por Lula, primero un plebiscito sobre la gestión personal del presidente y, después, sobre el desempeño del gobierno y sobre su programa. En este esquema el caudillismo lulista, ese caudillismo que tanto hunde sus raíces en el mundo de la política (y no solo en el mundo de la política latinoamericana), y que en el Brasil tiene sus orígenes más remotos en el periodo imperial fundador, es entonces la gran figura victoriosa. Ni los recurrentes escándalos de corrupción que ocurrieron en el entorno inmediato de Lula lograron mermar una aprobación popular de niveles altí-

simos; invulnerable a la crítica, santificado con rara unanimidad, radical en sus manifestaciones personalistas, Lula construyó, de modo más claro en este su segundo mandato que ahora está a punto de finalizar, un mito nacional arraigado, poderoso. Y, por cierto, ese mito contó con la ayuda de una oposición política que nunca se atrevió a enfrentarse a él. Desconcertada, temerosa, dividida, esa oposición (en manos del PSDB, el Partido de la Socialdemocracia Brasileña, mejor conocido como los tucanos y que con Fernando Henrique Cardoso tuvo dos periodos consecutivos de gobierno) solo encontró a medias en José Serra a su candidato ideal. A medias, sí: con la excepción de algún tramo aislado de la lucha por el segundo turno electoral, Serra no logró presentar un mensaje claro y abarcador, íntimamente congruente, a los ojos del país; en este sentido, y en ocasiones reiteradas, hasta pareció estar dirigiéndose de manera exclusiva a los electores de São Paulo, su lugar de origen y donde fue gobernador, que a los electores de un Brasil vasto, múltiple y de manifiesta poca simpatía hacia los paulistas. La propia figura de Serra fue, a cierta altura, un descuento: no era posible hallar en él esa fuerza de convicción dispuesta a despertar adhesiones.

En puridad, y señalado lo anterior, cabe decir que el hecho de que el gobierno no ganara las elecciones en la primera vuelta, como Lula lo deseaba, no se debió al PSDB o a Serra. Esa primera (y, por cierto, dolorosa) decepción lulista, que de alguna manera confirma que también los mitos pueden derrumbarse y que los votantes no tienen dueños, respondió muy claramente al surgimiento de Marina Silva al frente del Partido Verde en el escenario político. Marina Silva fue ministra en el gobierno de Lula, renunció a su cargo alegando una desilusión izquierdista y de modo tranquilo, diríase que natural, abrió un camino intermedio, centrista, entre la opción lulista y la opción tucana. Un camino, el de ella, ecologista, alternativo, mínimamente coherente en sus proposiciones



¿Podrá Dilma Rousseff con la herencia de Lula?

y sus actitudes. Así se convirtió en el lugar de protesta contra el lulismo exaltado y en lugar de refugio de los tucanos sin esperanzas. Los envidiables veinte millones de votos que alcanzó Marina fueron votos recelosos y desencantados. Marina fue, también, más ella misma que sus dos adversarios principales. El dato no es irrelevante porque si alguna característica distinguió a Dilma Rousseff y a José Serra, a lo largo de gran parte de esa representación teatral que es una campaña electoral, fue su maquillaje. Era evidente, en una y en otro, su falsedad gestual y su falsedad discursiva; acartonados, faltos de espontaneidad, huyendo del auténtico compromiso personal para aferrarse a esquemas generalizadores, había en ellos más artificio que verdad. Por eso, los intentos de Serra por rescatar y dar presencia protagónica a su trayectoria personal, oponiéndola a la de su adversaria lulista, cayeron al fin en saco roto. La actuación de Serra tuvo un agravante más. En un país que siempre ha tenido horror de las jerarquías y al que le gusta tratar con familiaridad a sus gobernantes, Serra no supo controlar un énfasis algo petulante. En un contexto político hecho de tantos desplazamientos sociológicos que apuntan a liquidar

modelos establecidos que se consideran obsoletos o improcedentes, es evidente que cualquier abuso de las jerarquías se entiende basado necesariamente en enojosos privilegios. ¿Cómo no salir de ahí malherido, a pesar —y la cifra es importantísima— de los 45 millones de votos recibidos en la segunda vuelta electoral?

Pues bien, y a todo esto: quién es Dilma Rousseff, “la primera mujer electa presidente del Brasil”. Contéstese de inmediato: es la primera mujer presidente de un país marcado por el machismo, sí, pero también marcado por el intento de borrar gravosas fronteras entre los sectores sociales. Ex guerrillera, ex presa política, ex torturada por la dictadura militar, con lengua portuguesa de inflexiones infelices y de gramática titubeante (una similitud asombrosa con José Mujica, su vecino presidente del Uruguay), Dilma ganó porque encarnó —la palabra es exactísima— la voz de su inventor Lula. Acaso con la excepción de su círculo más íntimo, la incertidumbre gana al común de los mortales. Todo en Dilma está por descubrirse y por demostrarse, sea ese todo acierto o error, mérito o demérito. En un mundo político como el brasileño, tan confuso y enredado,

en ocasiones tortuoso, por el papel que allí desempeñan las alianzas entre los partidos y la vasta resonancia nacional de las instancias regionales, ella tendrá que intentar construirse unas señas de identidad propias, que la vuelvan reconocible (y previsible) para cuantos participan en el ruedo político, y a la vez lidiar con ese vacío lulista que muy probablemente se apodere del país.

Muchos hablan hoy en día de ese país, que ha pasado a ser un país de moda. Y mucho en ese hablar argumenta que Lula y su gobierno, o bien son los liquidadores del antiguo régimen y de las líneas fundamentales de actuación que instauraron los anteriores dos periodos de gobierno de Fernando Henrique Cardoso, o bien son sus continuadores aventajados y audaces. La verdad parece situarse, como suele ocurrir, a mitad de camino entre esas visiones: la gestión tucana acertó a proponer la emergencia de una nueva mentalidad —más moderna, menos arcaica, de creciente autoestima— y la gestión lulista llegó para, al auparse en tal mentalidad, extender integradoramente el título de auténticos ciudadanos a la totalidad tan diversa de los brasileños. —

— DANUBIO TORRES FIERRO